

José Domínguez
Ávila

*Una mirada
reseñadora a la
memoria colectiva del
contexto sociocultural
franquista de la novela
española*

Escribir en los inicios del siglo XXI un artículo sobre el fenómeno cultural de la novela española en el franquismo puede parecer improcedente. Hasta aquí han aparecido profundos estudios sobre el franquismo a nivel histórico y a nivel literario. Dando una vuelta de tuerca a tal consideración, la razón que asiste al autor de estas líneas, al asumir un riesgo semejante, es válida. A pesar de existir una voluminosa bibliografía sobre el fascismo y sus repercusiones en las distintas esferas de la cultura, la información no está al alcance de todos. En los países alejados geográficamente de Europa como Cuba este conocimiento debe ser más profundo porque, entre muchas cosas, para entender mejor las prácticas neofascistas actuales es necesario entender el pasado fascista. Por otra parte, quien escribe no es un escritor cuyo oficio específico sea el de la crítica literaria o el ensayo. La función académica del autor de esta reseña es la del profesor de literatura que al crear textos escritos tiene siempre como objetivo abrir puertas a los estudiantes para el manejo de textos caracterizados por la profundidad del conocimiento y de la reflexión.

Continuando con la idea del conocimiento del pasado, valga citar a Francisco Caudet, quien a su vez cita al historiador español Manuel Tuñón de Lara:

El profesor Manuel Tuñón de Lara, quien pasó más de treinta años en el exilio y recordaba, en su «última clase magistral», que para Bloch «la historia es la ciencia del devenir de los hombres en el tiempo, que viene de ayer y va hacia mañana»; y, a partir de esa definición, argumentaba que: para pensar en el mañana tenemos también que pensar en el ayer, conocer el ayer. Y necesariamente para eso los pueblos se ven obligados a recuperar su memoria colectiva cuando ésta, como ha habido casos, les ha sido arrebatada, ocultada o falsificada. Nosotros [los españoles] hemos pasado por eso como otros pueblos, como el pueblo alemán, como ha pasado con los países del Este, etc. (De la Granja y Tapia, 1993: 454).¹

Sobradamente conocido es lo generado y desarrollado en toda España, una vez ganada la guerra civil por el bando nacionalista o falangista en 1939, o sea la férrea dictadura fascista que se prolongó hasta 1975, año de la muerte del dictador Francisco Franco Bahamonde. Fue una dictadura que pretendió, desde su tradicionalismo, congelar la historia, volviendo al pasado medieval y al de los reyes católicos. No obstante, parafraseando a Fidel Castro Ruz, nada detiene la marcha de la historia.² En otros términos, eso es lo que afirmó el escritor español Manuel Vázquez Montalbán en relación con los cambios que se produjeron en la década de los cincuenta en España: «La sociedad que había quedado después de la guerra civil, sin embargo, no puede permanecer como una foto fija; ninguna sociedad puede ser fotografiada para siempre, tiene una dinámica interna que le hace enfrentarse de manera dialéctica a los obstáculos y a las provocaciones de la realidad».³ A pesar del férreo tradicionalis-

¹ Francisco Caudet: «¿De qué hablamos cuando hablamos de literatura de exilio republicano de 1939?» Siglos xx y xxi. *Memorias del Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas*. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1 al 3 de octubre de 2008, p. 2. En <http://congresoespanyola.fahce.unlp.edu.ar/i-congreso/ponencias/CaudetFrancisco.pdf>. (Encontrado 5-9-12).

² Fidel Castro: *Nada podrá detener la marcha de la historia*. (Entrevista concedida a Jeffrey Elliot y Mervin Dymally sobre múltiples temas económicos, políticos e históricos. La Habana, Editora Política, 1985, p. 149. (Fidel expresa, entre otras cosas, ante una pregunta de Mervin Dymally: «Pienso que nada podrá detener la marcha de la historia»).

³ Manuel Vázquez Montalbán: «La España de los años 50». *Oloidos de Granada*, no. 13 (extraordinario), 1984, p. 121.

mo verticalista implantado por el poder falangista en la década de los cuarenta, se produce una asimilación de la cultura internacional en la siguiente década, a la cual Manuel Tuñón de Lara ha designado como «años bisagra».

Reseñando o esquematizando la periodización del franquismo a fin de tener una visión globalizadora de su complejísimo y contradictorio proceso, evidenciamos sus etapas. De 1939 a 1959 se desarrolla su primer período en el que se aprecian transformaciones en lo económico y lo político, en general, en la cultura. Los tres subperíodos que a continuación reseñamos son considerados por diferentes historiadores como períodos.

El primero, de 1939 a 1950, se caracterizó por la autarquía, con su política económica de autosuficiencia nacional, con su tradicionalismo, su verticalismo que implicó el militarismo y el clericalismo. Es un período que sufrió las consecuencias de la segunda guerra mundial, de 1939 a 1945. España se vio aislada. En el siguiente subperíodo se producen cambios internacionalmente hacia el reconocimiento, por algunos países, del régimen falangista (valga decir fascista).⁴ Los dos subperíodos siguientes, de 1951 a 1956 y de 1957 a 1959, estuvieron marcados por el reconocimiento internacional. En 1955 fue reconocido el régimen franquista por la ONU. Aunque se manifiestan signos autárquicos de 1951 a 1956, se van produciendo transformaciones tendientes a la asimilación de manifestaciones culturales extranjeras como el cine neorrealista italiano y la literatura de la «Generación perdida» norteamericana. Una nueva generación, que no pudo ser protagonista en la guerra civil, comienza a expresarse intelectual y socialmente ajena y hasta opuesta al régimen. Es la llamada «generación del medio siglo». De 1957 a 1959 comienza un proceso de entrada de los hombres del Opus Dei al gobierno. Con ello inician las inversiones del capital extranjero. Con la salida de trabajadores a otros países europeos entran divisas a la nación, además de que se va incrementando el turismo. Sobre este subperíodo o período se expresa el historiador José Antonio Biescas en los siguientes términos:

Las medidas preestabilizadoras del período 1957-1959 y sobre todo del plan de Estabilización van a ser las soluciones

⁴ Con respecto a los conceptos fascismo y falangismo puede consultarse: Alexandr Galkin: *Fascismo, nazismo, fulangismo*, Editorial Orbe, La Habana, 1975.

de recambio con las que se afronta la situación de emergencia por la que atraviesa la economía española, abocada en estos años a estar cada vez más inmersa en un callejón sin salida en el caso de que pretendiera seguir avanzando por la vía nacionalista como fórmula de desarrollo del capitalismo español. El final definitivo de las pretensiones autárquicas supondrá, tras el Decreto de Ordenación Económica de 1959, la apertura de la economía española a las intervenciones del capital extranjero, que afluirá con intensidad en la década de los sesenta, configurándose así unas nuevas relaciones de fuerza, al ponerse en marcha un modelo de crecimiento abierto y que será cada vez más dependiente de la evolución de las formas económicas capitalistas, especialmente de las más desarrolladas.⁵

Todo esto permitirá que en la década siguiente se produzca lo que los falangistas denominaron «el milagro económico» o «pseudomilagro económico» en términos de Manuel Tuñón de Lara, o sea, la estabilización económica. Es esto el segundo período del falangismo. El tercer período, de 1973 a 1975 fue la crisis y ocaso del régimen.⁶

Pese a cambios efectuados por la dirección falangista a lo largo de casi cuarenta años en el poder no dejó nunca de ser lo que era, un régimen totalitarista, nacionalista y tradicionalista, o sea fascista. Al respecto, puede leerse lo que el historiador francés Pierre Vilar escribió:

En Occidente el *nacionalismo* se convierte en la crisis de postguerra, en una *doctrina* —no una «teoría»— que predice la *unidad* de la nación por encima de las clases, de los intereses y, eventualmente, de las minorías étnicas. Su principio es la *raza* o la *historia* (imperio fascista, «destino» falangista), su promesa económica es la *autarquía*, herencia mercantilista proteccionista, y la *expansión*, nostalgia de los imperios frus-

⁵ José Antonio Biescas: «El fracaso de la vía nacionalista del capitalismo español: la inmovilidad de los intentos autárquicos», en Manuel Tuñón de Lara: *España bajo la dictadura franquista (1939-1975)*, Edit. Labor, Barcelona, 1980, t. 10, p. 50.

⁶ Sobre el franquismo y el posterior período de transición a la monarquía parlamentaria puede consultarse también el libro de la profesora de Historia de España de la Universidad de La Habana: Áurea Matilde Fernández Muñiz, *España, franquismo y transición*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2002.

trados. La lucha de clases que se niega en el interior (mientras que se practica con brutalidad) se traslada al plano internacional «contra el comunismo» (pacto anticomintern). Se elabora así, entre 1922 y 1939, una nueva combinación entre luchas de grupos y luchas de clases. Humillaciones nacionales, crisis monetarias, miedo a la proletarización por parte de las clases medias y campesinas, paro después de 1929, son los factores que explican el relativo éxito masivo de unas ideologías que inicialmente habían seducido a los medios dirigentes autoritarios y expansionistas, al menos como medio que esperaban controlar.⁷

La imagen política del fascismo sintetizada por Pierre Vilar corresponde al régimen falangista impuesto en toda España desde 1939. En la primera década de su transcurrir literario se debatieron el tradicionalismo apoyado en una política cultural tradicionalista y una tendencia que pudiéramos denominar inconformista. La revista *Garcilaso* y la novela *Javier Mariño*, de Gonzalo Torrente Ballester, son ejemplos de la asimilación tradicionalista. En tanto, va aflorando una narrativa y una lírica sustentadoras de una línea inconformista, aunque no puedan los escritores usar un discurso explícito en tal sentido. Es el caso del poemario de Dámaso Alonso *Hijos de la ira*, de 1944 y de novelas como *Nada*, de Carmen Laforet, de 1942, o *La familia de Pascual Duarte*, también de 1942, de Camilo José Cela.

Todo un gran problema para los estudiosos de la literatura española se abre con la imposición del régimen falangista. Forma parte de ese gran problema la novela del exilio en cuanto a su pertenencia o no a la literatura de la península o literatura del interior de España. La censura estatal y clerical, la persecución con su secuela de asesinatos fue de tal magnitud que ha sido denominado el interior de España como el «exilio interior». Entre los muchos intelectuales emigrados, se encuentran narradores como Ramón Sender y Francisco Ayala, pertenecientes como tantos otros a la Generación del 27. En la actualidad existe una sostenida tendencia hacia la consideración de la literatura del exilio republicano como parte de la literatura española.

⁷ Pierre Vilar: *Iniciación al vocabulario histórico*, Editorial Grijalbo, Barcelona, 1980, p. 197.

Volviendo a la citada ponencia del profesor Francisco Caudet, y en concordancia con sus puntos de vista, citémoslo de nuevo:

Política, literatura, sociología, formas de comportamientos y de mentalidades, oficios, profesiones, arte..., constituyen un conjunto – acaso porque son la misma cosa, o son expresiones de la misma cosa – que debe permanecer estrechamente relacionado y engarzado porque, en definitiva, ese conjunto define lo que es la cultura. Segregar una parte de ese conjunto, bien sea la literatura o el arte es entender el concepto de cultura de manera sesgada. (p. 9)

Desde esa concepción globalizadora, comprometida social e ideológicamente, se escriben estas reflexiones sobre la novela española en el franquismo. Juan Ignacio Ferreras, en su ensayo «La generación del silencio. Ensayo sobre un Novelar de la Posguerra Española»⁸ distingue cuatro tipos de novelar en la España de postguerra, entre ellos, la novela de lo que él denomina «generación del silencio». Fue un tipo de novelar caracterizado por la imagen de un clima de incomunicación, de miedo, censura, de orfandad. En el orden del pensamiento hubo en este novelar la asimilación de rasgos existencialistas, aunque no se llegó al extremo del absurdo de las novelas de Albert Camus y de Jean Paul Sartre. En la novela del silencio estuvo presente un discurso que implicó la crítica, aunque esta implicatura tiende a lo explícito en la novela que puede considerarse como su culminación: *Tiempo de silencio* (1962) de Luis Martín Santos. En su ensayo, Juan Ignacio Ferreras ofrece una extensa relación de «novelistas del silencio», entre ellos están José María Gironella, Elena Quiroga, Miguel Delibes, Carmen Laforet, Luis Martín Santos, Carmen Martín Gaité, Ignacio Aldecoa, Juan Marsé y Ana María Matute. Deliberadamente, el autor del ensayo omite nombres, quedando abiertas las consideraciones del lector en cuanto a novelistas que pudieran incluirse como «novelistas del silencio», entre ellos Camilo José Cela (quien tuvo un origen falangista) y Rafael Sánchez Ferlosio.

⁸ Juan Ignacio Ferreras: «La generación del silencio. Ensayo sobre un Novelar de la Posguerra Española», en Hernán Vidal: *Fascismo y experiencia literaria. Reflexiones para una reanonización*, Minneapolis, Minnesota, University of Minnesota, 1985, pp. 154-212.

El grotesco integrado a la violencia es propio de la novela del silencio. Santos Sanz Villanueva, uno de los principales especialistas en España sobre la novela española en el franquismo lo define así: «Una peculiar forma de presentar la realidad que recreaba los aspectos menos positivos de la naturaleza humana, que insistía en lo más bajo, desagradable y sórdido de la persona, que practicaba un feísmo vinculable con una peculiar manifestación hispana del existencialismo».⁹ El grotesco se constituye en un método realista en la novela de Francisco Ayala *Muertes de perro*, de 1957. Su argumento remite imaginariamente a una república caribeña donde reina el terror, causado por la represión que practica el asesinato. Es una novela que tiene disímiles puntos identitarios con la tradición literaria española, desde Cervantes al esperpento de Ramón del Valle-Inclán. El grotesco tremendista de la novela del silencio forma parte también de esta novela del exilio republicano. Como vemos, la novela del exilio republicano no solamente versa sobre el tema de la guerra civil. Otros temas, pertenecientes al mundo latinoamericano se incorporan a su creación. En esta novela de Ayala, su argumento toma una estructura y estilo alegóricos. Es de resaltar que el tema del tirano ya había sido tratado por notables creadores como lo fueron Federico García Lorca en *Mariana Pineda* de 1927 y en *La casa de Bernarda Alba* de 1936. Valle-Inclán creó una novela esperpéntica (valga decir, grotesca) con su *Tirano Banderas* en 1926.

Resumiendo de cierta manera lo expuesto hasta aquí, la novela española en el franquismo o fascismo, tanto la del interior como la del exterior republicano, es parte del debate entre lo tradicionalista retrógrado y lo revolucionario en la búsqueda de formas nuevas basadas en la tradición hispánica en función de actitudes protestatarias contra un fenómeno político cuyas entrañas fueron irracionalistas.

Respuestas opositoras al falangismo hubo en España desde la gestación de este fenómeno político. Esto es la ya citada obra dramática de García Lorca, *La casa de Bernarda Alba*. Lo es asimismo la creación de aquel poeta de la Generación del 98 de

⁹Santos Sanz Villanueva: «Los años cuarenta. Hacia el realismo», en su *Historia de la novela social española (1942-1975)*, Editorial Alhambra, Madrid, 1986, V. I, p. 43.

estirpe humanista que fue Antonio Machado Ruiz quien, a través de la voz de su personaje apócrifo Juan de Mairena, entre 1934 y 1936, escribió:

A los tradicionalistas convendría recordarles lo que tantas veces se ha dicho contra ellos:

Primero. Que si la historia es, como el tiempo, irreversible, no hay manera de restaurar lo pasado.

Segundo. Que si hay algo en la historia fuera del tiempo, valores eternos, eso, que no ha pasado, tampoco puede restaurarse.

Tercero. Que si aquellos polvos trajeron estos lodos, no se puede condenar el presente y absolver el pasado.

Cuarto. Que si tornásemos a aquellos polvos volveríamos a estos lodos.

Quinto. Que todo reaccionarismo consecuente termina en la caverna o en una edad de oro, en la cual sólo, y a medias, creía Juan Jacobo Rousseau.¹⁰

Este pensamiento antitradicionalista, por su naturaleza antifascista, de Antonio Machado, es protesta contra el fascismo que ya en los años 1934-1936 iba gestándose en España. En el interior de aquella segunda república, que fue llevada al caos y finalmente a su destrucción por el fascismo, apoyado por una red de problemas internos y externos, el autor del poemario *Campos de Castilla* expresó en prosa fragmentariamente su pensamiento político, acudiendo a personajes heterónimos como Abel Martín y Juan de Mairena.

Las ideas citadas de Antonio Machado continúan vigentes universalmente. El neofascismo actual pretende borrar de manera violenta el quehacer de civilizaciones, de pueblos. Los que dedicamos nuestro trabajo intelectual a la promoción y enseñanza de la literatura hemos de estar poseídos de la convicción de que la palabra es instrumento del pensamiento y los sentimientos; de que no hay palabras inocentes, como se ha repetido; de que, atendiendo a lo anterior, en la literatura se funden filosofía, ideología, política, arte. En fin, la literatura, con su palabra, es lucha desde el humanismo.

¹⁰ Antonio Machado: «Juan de Mairena (1934-1936)», en *Tu voz amante*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 2009, pp. 147-148.

En la literatura española persiste la creación antifascista en el siglo XXI. Una muestra es, por ejemplo, la novela *El vano ayer*, de Isaac Rosa, de 2004, escrita cuando su autor no había llegado a los treinta años de edad. Es pertinente patentizar que esta novela, a la vez que propone una novedosa poética narrativa, se enraíza en la poética cervantina, desde un discurso crítico antifascista, representativo de la memoria colectiva en el franquismo.

El número de la revista *Islas* al que van dirigidas estas reflexiones se ha propuesto homenajear a una de las más significativas novelistas de la denominada «novela del silencio»: Ana María Matute (1925-2014). Su formación y su creación de trascendentales novelas se enmarcaron en el franquismo. Su lirismo, la preferencia en sus obras por la imagen infantil, su reacción anti-franquista en el discurso narrativo, el conjunto de su obra que rebasó el medio siglo, justifican el homenaje.